

# El Cantar de los Cantares

Evaristo Ribera Chevremont

## II

**L**a poesía nació nueva y libre como lo bello y lo grande en la Naturaleza. El hombre gastó y perdió a la delicada doncella de que nos habla Cervantes, arrastrándola por prostíbulos y tabernas sin hacer caso de su aristocracia. Creo que, pasados tantos siglos, el hombre, con la melancolía de haber perdido aquella edénica infancia en que todo sonreía con candor y transparencia de manantiales, vuelve o quiere volver a ver las cosas con ojos de niños, despojándose del inmenso fardo de prejuicios poéticos que sobre él pesan. Yo lo veo avanzar hacia una poesía pura, como si anhelase al punto del cual partiera, queriendo cerrar el círculo, atento a la ciencia de la Vida. Así se verá, en este rápido elogio del poema de los poemas, el más original de los cantos, fina y luminosa madeja de una complejidad simplificada hasta lo infinito. Otra cosa hubiera sido nuestra literatura si, en vez de seguir a griegos y romanos con abominables imitaciones, nos hubiésemos impregnado de este lindo y admirable Cantar de los Cantares.

“Bésame con el beso de tu boca”. Miel y vino del Cantar de los Cantares. ¡Oh, los frecuentes deliquios y las grandes congojas de la amada, que se ase del hilo de seda del suspiro para ir hacia él, el bienamado, sobre la onda encrespada de oro de la noche! Van a unirse las dos naturalezas, la divina y la humana, el alma y el entendimiento, que es el verdadero desposorio, y del profundo beso de sus bocas brotará la flor constelada de la hermosura o sabiduría. Pastor y pontífice, el esposo, adorará la arquitectura de torres de marfil y bandera de oro, y silenciará su ímpetu en las sandalias que hurten a la alcoba la perla morena matizada en el ardor nocturno. “Óleo derramado en tu nombre”. ¡Oh, el óleo sin vasija, derramado en la estancia adormida sobre

cojines gimientes y cabelleras esclavas! Óleo derramado, más trasciende; y así es el nombre de la amada, ante el cual las doncellas se rinden. No observa que todo lo que dice el gran rey, lo dice a base de imágenes, como si solo este lenguaje alegórico podría encerrar el brío y la hondura de su genio en la arrogancia del poema. “Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, así como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón.” Se refiere a los descendientes de Agar, que iban errantes de un lugar a otro, lo cual hacían transportando sus tiendas de cuero, la que tornaba negras el sol, la lluvia y el polvo. Las tales tiendas eran en su interior arcas de tesoros y riquezas. También las tiendas de Salomón, tiendas de guerra, eran de pieles por fuera y de oro por dentro, resultando deslumbrantes cofres de las Mil y Una Noches. “Manojito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará.” La mirra es un árbol que se cría en Arabia. Hiriendo su corteza, que es roja, destila gotas olientes, de las que, una vez espesadas, se pueden hacer frasquitos y llevarlos en el pecho. La mirra sirve, entre otros usos, para preservar de la corrupción; con ella se embalsamaban cadáveres. Esta es la mirra de que habla la esposa del rey divino. Es una imagen de todo el valor del amado. “Tus cabellos –ahora es él quien habla– como manadas de cabras, que subieron del monte de Galaad.” En la inocencia azul de los campos, busca una imagen para dar la emoción exacta de la cabeza de la esposa y encuentra al monte de Galaad, vistoso y ameno, todo él cuajado de plantas y flores. Belleza y ebriedad se juntan para llenarlo de un fervor celeste y embeberla en el día –túnica para la novia hecha beso, sonrisa, caricia, trino. “Tus dientes como manadas de ovejas trasquilladas que subieran del lavadero, todas crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.” Se refiere a los dientes blancos, iguales, proporcionados y unidos entre sí, hato de rebaño con ovejas trasquiladas a una misma regla y medida. Son esos los dientes que como espadas brillantes, vigilan tras la franja grana de los labios, el arribo del beso cargado de esencias sensuales. No se puede hacer un mayor elogio de la dentadura, conjunto de límpidas teclas del piano de la palabra y el suspiro. “Panal, que destila, tus labios, oh, Esposa: miel y leche debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos como olor de incienso.” “Huerto cerrado eres, hermana mía, Esposa mía; huerto cerrado, fuente sellada.” Y es un Amor hu-

mano que él levanta a lo divino para uncirle a la Belleza en majestuoso desposorio. Los ocultistas no conocen otro desposorio que el del pensamiento y el alma. Salomón, mago, realiza en este poema, que es su obrar, el sueño que vive y adquiere forma radiante en la mente del poeta: la unión del Amor y la Belleza.

¡Oh, los perfumes de las maderas sagradas del Líbano! Por el perfume nos diluimos, hasta ser parte del éter, desligados de nuestros corporales sentidos. ¡Oh, el cinamomo de un olor más delicado que el de la canela! ¡Oh, la mirra y el óleo! ¡Oh, la mirra que nos defiende del gusano! ¡Oh, las manzanas mágicas, símbolo del Amor Divino! ¡Oh, el sándalo, el cipro, el nardo, el azafrán y a caña aromática! ¡Oh, perfumes llenos de virtudes! ¡Oh, las especias milagrosas para el milagro para los milagros del beso! El gran rey conocía este lenguaje, el gran rey en estado de gracia. ¡Él, dueño de hombres y animales, emperador de la tierra, del aire y del cielo, poseedor del idioma de los pájaros, guardador del anillo con el sello de las palabras que le daba al poder de rendir el Universo! Hoy no se comprende la luz antigua, la ciencia misteriosa que se derramó del lado de Egipto. Hemos perdido, como los condenados de Dante, el don de la inteligencia. Somos la gente dolorosa desposeída del don supremo. ¿Por qué –como dijo el poeta– no vienen los ángeles de los reinos de la Gloria a visitar la Tierra como en la antigüedad? ¿Está el cielo más lejos o se ha enfriado la tierra? La serpiente se ha enroscado al corazón del Hombre. Y el hombre no oye la música de los astros ni contempla los redondos portentos del Universo. EL huerto se ha cerrado y la fuente está sellada. ¿Quién gusta hoy la miel que destila el labio de la sabiduría? “Panal, que destila tu labio.” Toda ella es miel, toda ella está bañada de la suavidad y dulzura de sus palabras, toda ella es musical como el ambiente inhumado de la fragancia que exhalan, las flores y las plantas, del Líbano. Sigue el canto deslizándose por los versículos, en los siete días que parecen corresponder a los siete planetas como obedeciendo al orden místico de los números.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Evaristo Ribera Chevremont, “El Cantar de los Cantares II”, *Puerto Rico Ilustrado*, año XVI, número 805, 8 de agosto de 1925; p. 24.